

En el ensayo existen varias obras que abordan el tema del puertorriqueño negro: *Hacia una poesía antillana* (1932) de Luis Palés Matos, *Insularismo* (1934) de Antonio S. Predreira, *El prejuicio racial en Puerto Rico* (1942) de Tomás Blanco y *José Martí, defensor de los negros* (1973) de José Ferrer Canales. Sólo este último hace justicia a la situación del puertorriqueño negro.

En la novela contamos con varias obras que tratan el tema como parte medular y muchas otras que lo abordan como elemento secundario o alusivo. Enrique Laguerre, nuestro más fecundo novelista, ha tratado el tema en toda su obra, sin embargo presenta sólo dos protagonistas mulatos y los personajes negros que aparecen no corresponden a la realidad boricua, pues sus actuaciones, actitudes y sentimientos no se diferencian de los blancos. *Usmaíl* (1959), de Pedro Juan Soto, es a nuestro parecer la mejor novela que se conoce sobre el prejuicio racial en Puerto Rico. También *Racismo* (1964), de Guillermo Bauzá y *Los Integrados* (1964), de Sadi Orsini, tratan el tema como aspecto esencial de la obra. Otras novelas en que aparece el tema como segundo o tercer orden son: *La peregrinación de Bayoán* (1863) de Eugenio María de Hostos, *El negocio* (1922) de Manuel Zeno Gandía, *Los vates* de Tomás Blanco, *Veinte siglos después del homicidio* (1971) de Carmelo Rodríguez Torres y *Figuración en el mes de marzo* (1972) de Emilio Díaz Valcárcel, entre otras.¹⁰

Se manifiesta también el tema en el cultivo narrativo romántico de fondo histórico y legendario de las *Leyendas y tradiciones puertorriqueñas* (1924-1925), del historiador Cayetano Coll y Toste. Entre éstas figuran *Los negros brujos* (1591), *El carimbo* (1784), *Carabalí* (1830), *La negra azul* (1833) y *Los duendes de la hacienda «Las Lizas»* (1869). Estas leyendas de tema negroide presentan una serie de cuadros y tramas que ofrecen en su conjunto la visión del negro en Puerto Rico a través de los siglos XVI al XIX.

Pero de todos los géneros es el cuento uno de los más prolíferos, donde se han logrado varias de las más valiosas creaciones del tema y donde aparece —junto con la poesía— con mayor viveza e intensidad.¹¹ El negro entra a nuestra cuentística desde muy temprano, antes de que existiera una literatura puertorriqueña.¹² Este aparece en las

¹⁰ Además de los novelistas ya mencionados abordan el tema Salvador Brau (Lejanías, 1912), Federico Degetau (El secreto de la domadora, 1886), César Andreu Iglesias (Una gota de tiempo, 1958), Pepita Caballero Balseiro (Bajo el vuelo de los alcatraces, 1956), Guillermo Cotto Thorner (Trópico en Manhattan, 1951), Edgardo Rodríguez Julia (La renuncia del héroe Baltasar, 1974), y José Luis González (La llegada, 1980).

¹¹ Para el estudio del cuento puertorriqueño recomendamos la lectura de los siguientes: Concha Meléndez, «El cuento en la edad de Asomante (1944-1955)», *Asomante*, I, 1955, pp. 39-68; José Luis González, «Sobre el cuento puertorriqueño», en Paul J. Cooke, *Antología de cuentos puertorriqueños* (Godfrey, Illinois: Monticello College Press, 1956), pp. 4-6; René Marqués, *Cuentos puertorriqueños de hoy* (Río Piedras: Editorial Cultural, Inc., 1959); Concha Meléndez, *El arte del cuento en Puerto Rico* (Nueva York: Las Américas Publishing Co., 1961); Lillian Quiles de la Luz, *El cuento en la literatura puertorriqueña* (Río Piedras: Editorial U.P.R., 1968); Emilio Díaz Valcárcel, «Apuntes sobre el desarrollo histórico del cuento literario puertorriqueño y la generación del 40», *Revista del Instituto de Cultura Puertorriqueña*, año XII, núm. 43, abril-junio 1969, pp. 11-17; Rafael Rodríguez, «Apuntes sobre el último decenio de narrativa puertorriqueña: el cuento», *Nueva Narrativa Hispanoamericana*, vol. II, núm. 1, enero 1972, pp. 179-91.

¹² Antes de que existiese una literatura puertorriqueña —antes del Aguinaldo puertorriqueño (1843) y de El gíbaro (1849)— ya el tema del negro estaba presente en muchos de los escritos referentes a la isla de Puerto Rico. En la *Elegía VI* de Juan de Castellanos, que data de 1519 y que se publicó en la isla por primera vez en 1915 por Cayetano Coll y Toste en el *Boletín Histórico de Puerto Rico*, ya está presente la figura del negro. En la comedia *Los engaños* (1567), de Lope de Rueda, se presenta el tema en boca del personaje Guiomar. Esta Guiomar señala que tiene una hija en San Juan de Puerto Rico —primera mención de la

manifestaciones cuentísticas de tradición oral.¹³ En el romanticismo —donde aparecen los primeros relatos que abordan el tema—, aunque ya el negro es parte capital del conglomerado isleño, no se le da la importancia que merece.¹⁴ En el realismo y naturalismo la figura del negro aparece salpicada de los elementos folklóricos y tampoco tiene la atención que amerita.¹⁵ Durante el modernismo dominan los relatos basados en el tema de la esclavitud.¹⁶

En la generación del treinta, aunque hay bastantes escritores que tratan el tema y su agenda principal era buscar qué y cómo somos, domina una especie de indiferencia hacia el elemento negro. Sus miras se proyectaron en España o en el desaparecido pueblo taíno para la búsqueda de afirmaciones, pero muy poco en los levantamientos, rebeliones e insurrecciones de los negros. Sin embargo, Tomás Blanco en su relato «Cultura, tres pasos y un encuentro» nos proporciona en este período el primer intento de incluir al negro como parte esencial y genuina del pueblo borincano. Además esta corriente nos proporciona indicios de dos elementos que serán desarrollados a cabalidad en generaciones futuras: el prejuicio racial (*El hombre negro del río* de Cesáreo Rosa Nieves) y la exploración del campo poético (*Un enigma y una clave* de Luis Hernández Aquino).¹⁷

No es, entonces, hasta la generación del cuarenta cuando surge un profundo interés por el negro. Es éste el más prolífero de los períodos y donde domina una fuerte nota de denuncia social. Se comienza a presentar al negro urbano, mejor dicho al negro en el arrabal. Además existe un gran apogeo los elementos poéticos y musicales. Esta generación incorpora nuevas técnicas y da nuevos matices a temas ya elaborados por generaciones anteriores, y, naturalmente, también introduce otros nuevos: la homosexualidad, la prostitución, entre otros.¹⁸

Esta generación muestra una consistente atracción por el desarrollo de personajes niños de color —Melodía, Alejo, Gino y el niño de «Interludio», por ejemplo. Y es precisamente en estos relatos donde se logran varias de las mejores creaciones del tema. Parece que a estos escritores les gusta emprender la difícil tarea que otros no se atreven intentar: bucear en el alma y la psicología de un niño (todos aparentemente tienen

isla en el teatro español—, y se lamenta de su forzada separación causada a todas luces por el tráfico negrero. En un conocido soneto que se recoge en la «Carta del Obispo Fray Damián López de Haro y que data de 1664 también se mencionan los negros de la Isla. Treinta y tres años después la conocida poetisa mexicana Sor Juana Inés de la Cruz presenta entre los Villancicos que se cantaron en los Maitines del gloriosísimo padre S. Pedro Nolasco (1677) a un negro natural de Puerto Rico que admirado participa en el elogio del santo festejado.

¹³ Rafael Ramírez de Arellano, J. Alden Mason y Aurelio M. Espinosa, María Cadilla de Martínez y Ricardo E. Alegría, figuran entre los estudiosos que se han ocupado en recopilar cuentos del folklore isleño.

¹⁴ Los cuentos negros de este período pertenecen a Manuel A. Alonso, *El gíbaro* (1849).

¹⁵ Durante este movimiento literario publican cuentos de tema negroide, dos de sus figuras sobresalientes: Pablo Morales Cabrera y Matías González García.

¹⁶ Dentro del marco de cuentistas del modernismo que han tratado el tema negroide caen: Alfredo Collado Martell, Angel M. Villamil —dos de las figuras cimeras de este movimiento— y Carlos N. Carreras.

¹⁷ Además de estos tres escritores han abordado el tema: Vicente Palés Matos, Francisco Rivera Landrón, Julio Marrero Núñez, Emilio S. Belaval, Antonio Oliver Frau, y Ernesto Juan Fronfrías.

¹⁸ Cultivan el tema en esta generación: Abelardo Díaz Alfaro, José Luis González, Edwin Figueroa, René Marqués, José Luis Vivas Maldonado, Salvador M. de Jesús, Luis Quero Chiesa, Emilio Díaz Valcárcel, María Teresa Serrano de Ayala, Juan Enrique Celberg, Miguel Serrano Hernández, y Luis Rafael Sánchez.

menos de ocho años). Pero en este caso la tarea es más ardua todavía, pues no se trata de un niño común y corriente, no es un niño cualquiera; es un niño en lucha contra las injusticias y discriminaciones sociales y raciales.

En la generación del setenta experimentamos una búsqueda de raíces y lazos africanos, un pleno loor a la negritud y un enfrentamiento con el disimulado prejuicio racial que permea la sociedad puertorriqueña. Hay una especie de revalorización de los patrones tradicionales que conlleva a la mítica exaltación del negro y lo negro. El aporte del elemento negro se percibe como algo bello que debe servir para crear una cultura nueva y más rica.¹⁹

Entre los muchos cuentistas que han cultivado el tema hay tres figuras que ocupan lugar de distinción por sus significativas aportaciones: José Luis González, Luis Rafael Sánchez y Carmelo Rodríguez Torres. A José Luis González —uno de los más extraordinarios cuentistas que ha dado la literatura puertorriqueña y el iniciador de la generación del cuarenta²⁰— corresponde el honor de ser el más prolífero en el tema y de haber creado varios de los mejores relatos. González tiene once cuentos que tratan el tema medularmente o en forma secundaria. En su primer librito, *En la sombra* (1943), incluye el relato *El cacique*, donde al tirano del barrio lo mata «un mulato corpulento, recio, honrado a carta cabal». Ya en *Cinco cuentos de sangre* (1945) entra de lleno en el tema en «Cangrejeros». «Eran negros. Unos altos, de lustrosa piel y facciones finas. Otros bajetones, de bembes gruesos, nariz y cara colorada. Todos negros, porque el jíbaro no es capaz de vivir en el manglar.»²¹ Este grupo de negros cangrejeros vive feliz su vida sencilla. Pero un día uno de ellos mata en el pueblo y todos deciden irse con él. Cuando la policía llega encuentra las chozas vacías. Este relato da claras muestras de una unión humanizadora y una solidaridad al desamparado. Elemento este que desarrollará González a plenitud en relatos posteriores. En el mismo volumen incluye «Miedo», relato en el que uno de los determinados huelguistas es «un mulato espigado y cejijunto».

En *El hombre en la calle* (1948) se incluye el cuento «El escritor», donde González hace un magnífico retrato del escritor burgués que, a pesar de las injusticias que están sucediendo frente a su casa, se lamenta de «tener que vivir en un país donde nunca pasa nada». González, entre los muchos elementos negativos que le atribuye al «escritor», introduce uno de sumo interés para nosotros. El «escritor» desea a su sirvienta mulata para la cama, para satisfacer sus deseos sexuales y nada más. Para ambientar el incidente se evocan los versos saturados de sensualidad y sabor afronegroide de uno de los poemas más conocidos de Luis Palés Matos, «Majestad negra». En la misma colección,

¹⁹ Carmelo Rodríguez Torres, Rosario Ferré, Manuel Ramos Otero, Germán Delgado Pasapera y Angel Encarnación Rivera figuran entre los cuentistas de esta última hornada que se han interesado en el tema del negro y lo negro.

²⁰ Casi todos los críticos de la literatura puertorriqueña señalan a José Luis González como el iniciador de la renovación que se realiza en el cuento isleño en la década del cuarenta. Véase, entre otros, René Marqués, *Cuentos puertorriqueños de hoy* (San Juan: Club del Libro de Puerto Rico, 1959), p. 79; Margot Arce de Vázquez y Mariana Robles de Cardona, *Lecturas puertorriqueñas: prosa* (Sharon, Connecticut: The Troutman Press, 1966), p. 405; Robert L. Muckley y Eduardo E. Vargas, *Cuentos puertorriqueños* (Skokie, Illinois: National Textbook Co., 1974), p. 43; Lillian Quiles de la Luz, *El cuento en la literatura puertorriqueña*, (Río Piedras: Editorial U.P.R., 1968), p. 122.

²¹ José Luis González, *En Nueva York y otras desgracias* (México: Siglo Veintiuno Editores, S.A., 1973), p. 16.